



NUEVO Y CURIOSO ROMANCE

DE

DON CLAUDIO

Y D.<sup>A</sup> MARGARITA.

*Dáse cuenta por estenso de lo que sucedió á una principal señora, que por no querer condescender á la ofensa que solicitaba el mayordomo de su casa, éste le levantó un falso testimonio, por el cual padeció muchos trabajos; como lo verá el curioso lector.*

PRIMERA PARTE.

**H**oy, Federico, se alienta mi discurso por un rato á referir las tristezas, penas, congojas, trabajos de una principal señora, la cual en un reino extraño vino á vivir de tal suerte, que su venida y estado

de padecer fue la causa, como lo iré declarando. Estaba pues en la corte siendo grande de palacio de Polonia un caballero, cuyo nombre era Don Claudio. Rendido de la hermosura de esta señora, ha intentado,

H

59



por lograr su estrecho amor,  
 entrar en su mismo cuarto.  
 Por las tapias de un jardin  
 hizo abance, y reparando  
 era el alfombrado suelo  
 de aqueste hechizo descanso,  
 con las flechas de Cupido,  
 aunque no sin sobresalto,  
 con fino amor atropella  
 los términos del recato.  
 Entró en su cuarto, y apenas  
 vido el sol tan á su salvo;  
 con alhagos la acaricia,  
 con finezas la ha templado.  
 Dijo entonces la señora  
 el semblante demudado:  
 qué es aquesto, caballero?  
 mucho vuestra accion extraño.  
 Si buscáis retraimiento,  
 el motivo es mi cuidado,  
 siendo la ocasion disculpa,  
 todo está á vuestro mandado.  
 Dijo el caballero entonces:  
 señora, vengo buscando  
 todo mi total remedio,  
 cuando en fino amor me abraso;  
 y no os admire que yo  
 haga aqueste exceso, cuando  
 viviendo solo en tus luces,  
 me mantengo con los rayos.  
 Bien sabeis mi calidad,  
 y que en el estrecho lazo  
 del matrimonio se igualan  
 las calidades de entrambos.  
 Si os hizo Dios tan hermosa,  
 no extrañéis que mi cuidado  
 se anticipe de esta suerte,  
 que no puedo remediarlo.  
 Dijole así la señora:  
 debajo de ese contrato,  
 ya que habéis hecho el arroj,  
 á vuestro gusto me allano.  
 Estos fueron los principios,  
 para que en estrecho lazo  
 lograran de sus amores  
 el efecto consumado,  
 siendo de los dos testigo

un soberano retrato  
 de la Virgen de la Paz,  
 madre del Verbo encarnado.  
 Por sosegar inquietudes  
 de su corazon cristiano,  
 que por faltar bendiciones,  
 vivian con sobresalto,  
 se dió cuenta á los parientes,  
 como tenian tratado  
 su desposorio, y las partes  
 convinieron de contado,  
 pues timbres, sangre y nobleza  
 en ambas se han encontrado;  
 sin envidiarse los unos  
 á los otros los aplausos.  
 Se efectuaron las bodas  
 con el rumbo y aparato  
 que en tal caso corresponde,  
 segun el porte de entrambos.  
 Ya fenecidas las bodas,  
 por mayordomo han tomado  
 un jóven de mucho porte,  
 Don Alberto era llamado:  
 demonio debió de ser,  
 pues que entre los dos casados  
 con su dañada intencion  
 introdujo tal estrago.  
 Fue preciso el ausentarse,  
 su esposa y casa dejando,  
 y obedeciendo á su Rey,  
 fue á la campaña Don Claudio.  
 Dejó en casa el mayordomo,  
 juntamente dos criados,  
 para que á su esposa asistan,  
 y que estén á su mandado,  
 y otras distintas criadas,  
 y una dueña, que á su lado  
 no le falte á la señora,  
 que es de la virtud dechado.  
 Quedó la noble señora  
 con mucha pena y quebranto  
 por la ausencia de su esposo,  
 que estimaba en sumo grado.  
 Dobleemos aquí la hoja,  
 y vamos á que arrestado  
 el traidor del mayordomo,  
 con pecho falso y dañado,



en lascivos pensamientos  
 quiso emplear su cuidado,  
 que quien tiene mala sangre,  
 obra en fin como villano.  
 Intentó (gran desvergüenza!)  
 manchar (accion de inhumano)  
 el honor de la señora,  
 su respeto atropellando.  
 Rompió el silencio la voz,  
 y un dia que salió al campo  
 por divertir sus pasiones,  
 y dar treguas al cuidado,  
 con la ocasion de asistirle,  
 el mayordomo ha llegado,  
 y con cifradas razones  
 su maldad fue declarando,  
 hasta que dijo: señora,  
 en fuego de amor me abraso,  
 gocemos de la ocasion  
 con la ausencia de mi amo.  
 Era muger muy prudente,  
 y con disimulo extraño,  
 sin ser de nadie notada,  
 esta respuesta le ha dado:  
 Vive Dios, hombre traidor,  
 si lo que dices, villano,  
 no entendiera que era chanza,  
 y que es lisonja del prado,  
 yo misma te diera muerte;  
 yo, sí, te líciera pedazos.  
 Reprime tu fantasía,  
 y agradece que no hago,  
 por solo excusar la nota,  
 contigo un suceso extraño.  
 Quedó Alberto muy corrido,  
 suspenso y avergonzado,  
 discurrendo en la ocasion  
 vengarse como tirano.  
 Vino el amo de la guerra,  
 y en su esposa contemplando,  
 anhelaba por llegar  
 à su casa, y à sus brazos.  
 Trazó una gran traicion  
 con un testimonio falso,  
 que el gusto volvió en veneno,  
 y en rigor volvió el alhago.  
 Bajó la noble señora

por recibir en los brazos  
 su dueño y querido esposo,  
 la casa se le alborota lo;  
 bajaba tambien un paje,  
 que desde niño han criado,  
 y delante de su ama  
 con un hacha iba alumbrando,  
 bajaba Alberto tambien,  
 y del demonio incitado  
 quiso lograr la ocasion,  
 que el tiempo le está brindando.  
 Se juntaron en la mesa  
 de la escalera, y sacando  
 un puñal, le dió la muerte  
 al page que va nombrado.  
 Quedó la señora inmóvil,  
 viendo tan notable estrago,  
 al tiempo que el caballero  
 subia ya á su descanso.  
 Qué es esto (dice) qué es esto?  
 Y el traidor disimulado  
 ha dicho: aqueste traidor  
 en este sitio ha violado  
 tu honor, y yo soy testigo,  
 y así he querido vengarlo.  
 La noble señora entonces,  
 aumentando el sobresalto,  
 amortecida cayó  
 à los pies de este malvado.  
 Entonces el caballero  
 afligido y angustiado  
 lloraba su infausta suerte,  
 todo el echo confirmando.  
 Ay mi Margarita (dice)  
 cómo lo que estoy mirando  
 con tanta evidencia, juzgo,  
 que no es capáz de tu estado!  
 Si en tí no hay culpa, desdícen  
 los efectos inhumanos;  
 pero no tiene remedio,  
 el cielo te dé su amparo.  
 Dejéla, y al retirarse,  
 el corazon quebrantado,  
 le ofrece el amor disculpas,  
 que no admite el ser honrado.  
 Vuelta su esposa en acuerdo,  
 su pena va publicando,



viendo que en su esposo obraban  
los efectos del agravio.

No halla disculpa, ni halla  
con que aclarar del villano  
la traicion, ni halla tampoco  
por donde salir del cargo.  
Satisfacer con razones,  
diciendo lo que ha pasado,  
no lo aprueba, que es indicio  
de que ella lo à fementado,  
y por disculpar su error,  
quiere culpar al criado;  
y así, no hallando remedio,  
todo lo remite al llanto.

Dijo su esposo: à esta fiera  
la habeis de sacar al campo,  
y de las mas altas peñas,  
cual precipitado rayo,  
arrojadla, y luego al punto,  
abriendo el pecho tirano,  
sacareisle el corazón,  
con un dedo de la mano,  
que lo traereis, porque quede  
satisfecho de este agravio.  
Vos, mayordomo, no ireis,  
à ejecutar mi mandato,  
porque aunque os preciais de fino,  
estais muy apasionado:

(parece que el corazón  
la traicion le está dictando.)

Dos criados la cogieron,  
y retirándola al campo,  
entre peñas, y entre riscos  
con gran dolor la han entrado.

Van los dos muy satisfechos  
de que es testimonio falso,  
y à la inocente del ama  
procuran dejar en salvo.

Dijo el uno: yo, señora,  
y el que me está acompañando,  
somos leales y finos,  
no homicidas ni inhumanos;  
quedaos aquí, y el cielo,  
que todo lo está mirando,  
volverá por vuestra causa:  
y se despiden llorando.  
Dijo la señora: hijos,

ejecutad el mandato  
de mi esposo, que no es justo,  
que os suceda algun quebranto;  
pero ellos insistieron  
en no aumentar mas su llanto,  
se fueron à un hospital,  
donde una difunta hallando,  
le sacan el corazón  
para cumplir con su amo,  
llevando tambien un dedo,  
salieron de su cuidado.  
Quedó la triste señora  
sola, affigida en el campo,  
preñada de nueve meses  
y con dolores de parto.  
Entre confusas angustias,  
y rigor tan inhumano,  
parió dos infantes tiernos,  
que al sol le quitan los rayos.  
Pasó por allí una osa,  
y el un niño le ha llevado  
à su cueva, pero el otro  
lo tomó su madre en brazos.  
Toda mortal y sin fuerzas  
iba buscando en el campo  
donde bautizar el niño,  
no muera sin ser cristiano.  
Vido bajar un pastor  
desde una altura à lo llano,  
que al refresco de una fuente  
viene el tal encaminado,  
que el cielo en tales conflictos  
à nadie ha desamparado.  
Llegó el pastor, pero viendo  
suceso tan impensado,  
como la dama le cuenta,  
quedó admirado del caso;  
y en la cristalina fuente,  
tomando el niño en los brazos,  
y de sus plateadas aguas,  
con una concha en la mano,  
dice: en nombre de Dios Padre,  
Hijo, y Espíritu Santo,  
te bautizo, Valentin,  
que es el nombre que le ha dado.  
Llevó à la triste señora  
à su cabaña, y llegando,



à su esposa se la entrega,  
 para que con gran cuidado  
 la asista, cuide y regale,  
 que está muy débil del parto.  
 Recogieron la señora,  
 y à su hijo acariciando,  
 dióle alimento à sus pechos,  
 dandole el pastor su amparo.  
 Y en otra segunda parte

se dará fin à este caso,  
 en la que verá el curioso  
 el suceso tan estraño  
 que sucedió con el niño  
 que la osa está criando;  
 y como fue descubierto,  
 este testimonio falso,  
 castigada la maldad,  
 y en lo cierto el desengaño.

SEGUNDA PARTE

DE

DON CLAUDIO  
 Y DOÑA MARGARITA.

*Se declara el fin que tuvo el mayordomo que levantó el testimonio à su señora, como se volvió à unir Don Claudio con su esposa Doña Margarita, declarada la verdad, y el suceso del niño que crió la osa; con lo demas que notará el curioso.*



**Y**a dijo el primer romance, como quedó en la cabaña, recogida esta señora, asistida y regalada de los humildes pastores, y volvamos à que estaba con muy grande sentimiento Don Claudio, de ver la falta

de su bella Margarita, la cual con ansias sobradas se acordaba por instantes del esposo de su alma, y de aquel infante tierno que nació de sus entrañas, que fue el que llevó la osa à la cueva, y la crianza



que tuvo fue entre animales,  
 entre bosques y montañas.  
 Vestido andaba de pieles  
 de animales, y era tanta  
 su monstruosidad, que asombra,  
 con lo feroz de su cara,  
 pues una clava traía  
 en sus hombros, que por armas  
 de defensa le servía,  
 asombrando à los que pasan.  
 Cuantos le ven se amedrantan,  
 los pastores se recatan,  
 pues en viéndole, se dejan  
 solo el ganado que guardan.  
 Llegó à Francia esta noticia,  
 y Don Claudio se aprestaba  
 para salir à buscarle:  
 toma recados de caza,  
 y parte con los monteros,  
 llevándose en su compañía  
 criados y mayordomo,  
 y de esta suerte les habla:  
 voy à buscar esta fiera,  
 que tanto asombra y espanta.  
 Dando ya vista à los montes,  
 permitió Dios que llegára  
 à don le encontró el pastor,  
 que el ganado apacentaba.  
 Saludóle cortesano,  
 y atento le preguntaba,  
 que si por ventura habría  
 alguna choza ó cabaña,  
 donde tuviesen alvergue,  
 que la noche se acercaba.  
 Dijo el pastor: caballeros,  
 aquella pobre cabaña  
 donde yo asisto, será  
 hoy de ustedes la posada:  
 suban por aquel collado,  
 la hallarán à la bajada.  
 Fuese el pastor, y dispuso,  
 de que luego al punto hagan  
 de cenar cumplidamente,  
 por ser gente de importancia.  
 Vió Don Claudio à Margarita,  
 y reparando en su gracia,  
 saltos le dá el corazon,

y sospechas le da el alma.  
 Ay Dios! cómo le parece  
 aquella bella zagala  
 à la triste de mi esposa,  
 que en gloria tenga su alma!  
 También Doña Margarita  
 toda confusa y turbada  
 ha conocido à su esposo,  
 y mucho de él se recata,  
 que teme ser conocida,  
 aunque le llevaba el alma.  
 Grande recelo concibe  
 de ver cuánto la miraba,  
 si viene à darle la muerte,  
 sabiendo que viva estaba.  
 Quiere ausentarse, y no acierta,  
 y en turbacion tan estraña,  
 à la Virgen de la Paz  
 muy fina sé encomendaba.  
 Díjole luego à su hijo,  
 que à la gente preguntára,  
 quién era aquel caballero,  
 por si es que estaba engañada:  
 qué cuidado les traía  
 por aquella tierra estraña,  
 para salir de temores,  
 y quedar desengañada.  
 Y despues de haber cenado,  
 el mozo les preguntaba,  
 quién era aquel caballero,  
 que le lleva toda el alma?  
 Respondióle el mayordomo,  
 sin recelarse de nada:  
 es un grande de la corte,  
 al cual Don Claudio le llaman;  
 dicen que hay en este sitio  
 una fiera tan estraña,  
 que asombra à cuantos la han visto  
 y que al mundo alborotaba;  
 y con aquesta noticia,  
 mi amo se encaprichaba,  
 que este animal, muerto ò vivo  
 no ha de escapar de sus armas.  
 Se aseguró Margarita  
 en lo que tanto importaba,  
 y sin faltarle al recato  
 muchas veces suspiraba,



viendo delante el traidor,  
y que estaba en la privanza  
de su esposo, siendo ella  
por su traicion desdichada.  
Pasaron aquella noche,  
y à otro dia de mañana  
salieron con el cuidado  
de dar principio à la caza,  
por ver si encuentran el monstruo  
lograr toda su esperanza.  
Con el deseo que llevan,  
todo el monte paseaban,  
sin que se logre el intento,  
que Dios así lo ordenaba.  
Viéndose muy fatigado  
Don Claudio, luego se entraba  
en la choza ò casería  
sin que nadie lo notára.  
Estaba su triste esposa  
en un trasportal sentada,  
siendo raudales sus ojos,  
muchas veces los limpiaba.  
Ay esposo de mi vida!  
(cada instante pronunciaba)  
quién te diera el desengaño,  
y se fuera en tu compañía!  
Quedó Don Claudio confuso  
al oír cosa tan estraña,  
y sin que sea sentido,  
mas à escuchar se aplicaba.  
Estando en tal confusion,  
vido que al corral entraba  
aquel mozo Valentin,  
y de esta suerte le habla:  
madre mia, qué es aquesto,  
que veo en vos tal mudanza,  
despues que vino esta gente,  
que es razon sepa la causa?  
Responde, aumentando el llanto:  
hijo mio de mi alma,  
qué ha de tener una triste,  
que aquí se ve desterrada,  
no muerta por gran piedad,  
viva sí, mas desgraciada.  
Ese noble caballero,  
que vino à posar en casa,  
es tu padre, y mi marido,

7  
y no pue lo hablar palabra.  
Aquel traidor que le asiste,  
mayordomo allá en mi casa,  
en ausencia de tu padre  
quiso que le diese entrada,  
y por no darle lugar,  
tomó una infame venganza;  
me levantó un testimonio  
con un page de la casa,  
diciendo, estaba conmigo,  
le dió muerte à puñaladas.  
Tu padre que aquesto vido,  
dando crédito à la infamia,  
mandó luego à dos criados,  
me traigan à esta montaña,  
donde me quiten la vida,  
y ellos me la dan de gracia.  
Naciste tú en estos montes,  
con otro hermano en compañía,  
el cual me llevó una fiera,  
sin que yo lo remediara,  
y de todas estas penas  
se ha refrescado la llaga.  
Quedó el mozo enternecido,  
y à su madre consolaba;  
pero oyendo esto Don Claudio,  
de puro gozo lloraba:  
disimuló quanto pudo,  
y viendo traicion tan clara  
del infame mayordomo,  
solo aspira à la venganza.  
Valentin se sale al campo,  
y al mayordomo buscaba,  
el cual venia rendido  
de andar buscando la caza.  
Y llegándose hácia él,  
le ha dado una puñalada,  
que cayó à sus pies rendido,  
sin saber qué fue la causa.  
Confiesa, dice, traidor,  
el testimonio è infamia,  
que à la ilustre Margarita  
le has levantado sin causa;  
restitúyele su honra,  
mira, traidor, por tu alma.  
Todos se llegan por ver  
esta maravilla rara;



y cuando los vido juntos,  
 ha dicho aquestas palabras:  
 Yo, señores, soy aquel,  
 que imputando de liviana  
 à mi señora, maté  
 al page que estaba en casa:  
 fue este falso testimonio,  
 solo por tomar venganza,  
 de aquella noble matrona,  
 que es honrada, honesta y casta.  
 A todos pido perdon,  
 por Dios y la Virgen santa,  
 así le alcancen de Dios  
 y su madre soberana.  
 Quiso apurarle Don Claudio,  
 mas todos se lo embarazan,  
 haciendo que lo perdone,  
 porque descanse su alma.  
 Despues de haber espirado,  
 los amantes se miraban,  
 y del gozo y sentimiento  
 no aciertan à hablar palabra.  
 Y prorrumpiendo Don Claudio,  
 le dice: esposa del alma,  
 ó es encanto cuanto miro,  
 ò es sueño lo que me pasa;  
 sin poderse contener,  
 estrechamente se abrazan.  
 Y volviendo sobre acuerdo,  
 pretenden con vigilancia  
 buscar aquel monstruo, que  
 tanto horror y espanto causa.  
 Les previene Margarita,  
 que si acaso le encontraban,  
 no le hagan mal alguno,  
 que le da impulsos el alma,  
 que ha de ser aquel su hijo,  
 y que así, el cielo lo guarda.  
 Discurriendo por el monte,  
 no dejan cerro ó cañada,

que no lo midan à pasos,  
 hasta que de entre unas ramas  
 Don Claudio lo descubrió:  
 vido ser persona humana,  
 y él mismo se fue à su padre,  
 que la sangre le llamaba.  
 Viendo tan grande prodigio,  
 lo acaricia y lo agasaja;  
 ni entiende lo que le dicen,  
 ni à hablar acierta palabra:  
 iba siguiendo à su padre,  
 hasta entrar en la cabaña;  
 se fue derecho à su madre,  
 y de ella no se extrañaba.  
 La osa que lo echó menos,  
 como una ovejita mansa,  
 hasta entrar dentro en París,  
 fue siguiendo sus pisadas.  
 Hizo el caso tal ruido,  
 que conmovida la Francia,  
 van à ver tan gran prodigio,  
 y es júbileo la casa.  
 Enseñáronle à hablar,  
 y la doctrina cristiana,  
 y despues le bautizaron,  
 y desde entonces le llaman  
 Ventura Oson, y su padre  
 instantáneamente manda,  
 que à la Virgen de la Paz,  
 en hacimiento de gracias  
 de este suceso feliz,  
 una lámpara le hagan  
 que pese cuarenta libras  
 de plata sobredorada,  
 y à los criados mil pesos,  
 dos mil al de la cabaña,  
 siendo sumo el regocijo;  
 y aquí la historia se acaba,  
 pidiendo humilde el poeta  
 perdon de sus muchas faltas.

F I N.

VALENCIA.

*Imprenta de LABORDA, calle de la Bolseria, en donde se hallará venal con  
 otros diferentes títulos de retaceria à varios asuntos.*